



SALUDO A LOS RELIGIOSOS DE CONFERGA EN POIO

1. La vida consagrada, hoy

La vida consagrada vive en este momento histórico caminos de profundización y purificación, avanzando en la comunión y en la misión evangelizadora. Se trabaja con responsabilidad para preservar y desarrollar el don único del carisma fundacional a fin de que responda mejor a las necesidades de la familia humana. Se busca un mayor cristocentrismo evangélico como camino de vida. En las dinámicas comunitarias se intensifican las relaciones personales. Se aprecia un loable esfuerzo por encontrar un ejercicio de la autoridad y de la obediencia más inspirado en el Evangelio que afirma, ilumina, convoca, integra y reconcilia. Es también manifiesto un profundo sentido de misión apostólica, etc... Y no en último lugar señalaría que las relaciones de los consagrados con toda la comunidad cristiana se van configurando cada vez mejor *como intercambio de dones* en la reciprocidad y en la complementariedad de las vocaciones eclesiales. Demos gracias a Dios por estos dones que viene regalando a quienes se consagraron a El.

2. Las dificultades del momento presente

En su trabajo sobre la andadura postconciliar en relación con la vida consagrada dice acertadamente Aquilino Bocos: “El examen del itinerario seguido permite ver que hemos recorrido el camino *entre luces y sombras*. La renovación es una película que se rueda en *claroscuro*, donde confluyen la claridad y la penumbra, el contrapunto y la energía, el matiz y la sutileza”¹.

Las dificultades del momento actual se pueden vivir como un motivo de pesimismo, de encogimiento, refugiándose en la nostalgia de tiempos pasados y maldiciendo, de algún modo, los tiempos presentes. Por el camino de la añoranza estéril pronto llegaremos inevitablemente a la decadencia y a la amargura.

¹ A. BOCOS, *El camino de la vida consagrada desde Perfectae Caritatis hasta hoy*: Vida Religiosa 98 (2005) 351.

Pero también se pueden vivir las dificultades del momento tratando de ver en ellas mismas una auténtica llamada del Espíritu Santo. Al fin y al cabo la vida consagrada no la inventamos nosotros. Es el Espíritu el que la crea, la recrea y la transforma; es El quien impulsa constantemente a la fidelidad y a la creatividad.

- Convivir, por ejemplo, en una sociedad donde con frecuencia reina la cultura de muerte, el individualismo y el egoísmo, puede convertirse en un reto a ser con más fuerza testigos y portadores de vida y esperanza para nuestros contemporáneos. Nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan personas integradas, maduras, disponibles y gozosas, sin apegos y sin miedos ni represiones tontas.
- Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en oposición a la deshumanización, un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; y una proclamación la libertad de los hijos de Dios, de la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas. La pobreza vivida en clave de solidaridad y comunión, desde una vida modesta y sencilla que la haga creíble, es algo que desconcierta, sorprende y admira. Dependiendo únicamente de Dios estáis llamados a vivir una libertad que os impide ser esclavos de nada ni de nadie en este mundo. Habréis de prestar un poco más de atención a vuestro ser en vez de vivir atenazados por los excesivos quehaceres de cada día.
- La pérdida de estima por parte de algún sector de la Iglesia por la vida consagrada, puede vivirse como una invitación a una purificación liberadora. La vida consagrada no debe buscar las alabanzas y las consideraciones humanas; su recompensa consiste en el gozo de trabajar activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el silencio más discreto, sin esperar otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. *Mt 6, 6*). En la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, encuentra su identidad que le colma de vida y le confiere plenitud de sentido. No podemos vivir para conservar estructuras, a veces tan pesadas, que nos convierten en pequeños empresarios o gestores, sino para aligerarlas y ponerlas al servicio del Espíritu, que es al que en definitiva tienen que servir. En nuestra sociedad y nuestra Iglesia, los consagrados verificarán su experiencia de Dios viviendo en servicio, la misericordia, la acogida del extranjero.
- Si en algunos lugares las personas consagradas son *pequeño rebaño porque son pocas y mayores*, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas. Utilizando el símil del automóvil se ha dicho que el problema de la vida religiosa hoy no es de

carrocería, ni de equipamiento o diseño aerodinámico..., sino de motor, de responsabilidad personal, de revisión de sistemas internos de formación para la madurez humana, cristiana y de vida consagrada.

- La conciencia de la universalidad de la vocación a la santidad por parte de todos los cristianos, lejos de considerar superfluo el pertenecer a un estado particularmente apto para conseguir la perfección evangélica, puede ser un ulterior motivo de gozo para las personas consagradas porque están ahora más cercanas a los otros miembros del pueblo de Dios con los que comparten un camino común de seguimiento de Cristo, en una comunión más auténtica, en la emulación y en la reciprocidad, en la ayuda mutua de la comunión eclesial, sin superioridades o inferioridades enfermizas. Al mismo tiempo, esta toma de conciencia es un llamamiento a comprender el valor del signo de la vida consagrada en relación con la santidad de todos los miembros de la Iglesia.

En definitiva estos retos pueden constituir un fuerte llamamiento a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada, cuyo testimonio es hoy más necesario que nunca. Es oportuno recordar cómo los santos fundadores y fundadoras han sabido responder con una genuina creatividad carismática a los retos y a las dificultades de su propio momento histórico, que seguramente no fue ni mejor ni peor que el nuestro.

3. La Vida Consagrada aquí en Galicia

Los consagrados y consagradas sois una multitud también en nuestras tierras gallegas. Una multitud, muchas veces callada, que vive con ansias de santidad su consagración a Dios, y con verdadero entusiasmo su servicio de acogida solidaria y acompañamiento samaritano al prójimo, especialmente al más necesitado. Por eso sois un auténtico regalo para la Iglesia y para el mundo. Siempre encontráis como dice *Caminar desde Cristo nº 9 y me ciño a la realidad de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol, la más pequeña y extrema de las gallegas*:

- enfermos que curar: Siervas de Jesús en el Hospital General
- transeúntes que acoger: Refugio en Ferrol
- discapacitados psíquicos mayores: Hijas de la Caridad
- ancianos, especialmente aquellos que no pueden pagar otras Residencias: Hermanitas de Ancianos en Piñeiros y Viveiro, Franciscanas de la Madre del Divino Pastor en Villalba
- menores de familias desestructuradas: Hijas del Divino Celo en Burela, Esclavas de la Inmaculada Niña en Viveiro, Apostólicas de Cristo Crucificado en Barqueiro)
- alumnos que educar: Compañía de María (San Amaro y Lestonac), La Salle, Salesianos en Foz, Terciarias Franciscanas de la Purísima en el Colegio del Pilar en Foz, Hijas de la Caridad en Ribadeo, Cristo Rey, Discípulas, Mercedarios y Mercedarias
- Os hacéis presente en el mundo rural: Abadín (Sgda Familia de Burdeos), Moimenta (Franciscanas de la Madre del Divino Pastor) Bretoña y

Ortigueira (Fraternidad Reparadora), Guitiriz (Apostólicas de Cristo Crucificado), Ferreira de Valadouro (Hijas de la Virgen de los Dolores)

- Parroquias: Claretianos (Ferrol y Baltar),
- Marginación: Oblatas

Y, además, los cinco monasterios de contemplativas.

4. Cercanía amorosa hacia los consagrados

El gran tesoro del don de Dios lo custodian frágiles vasijas de barro (cf. *2Co* 4, 7). No trato ahora de hacer un juicio crítico o de condena, sino de convocar a la solidaridad y a la cercanía amorosa hacia los consagrados tanto de los pastores como de los fieles laicos. Estamos seguros que en esta coyuntura Dios logrará que todo sirva para bien de los que le aman (cf. *Rm* 8, 28). Aun lo negativo puede ser ocasión para un nuevo comienzo, porque el poder de Dios se realiza plenamente en la debilidad de los hombres (cf. *2 Co* 12, 9). Quizá más que las secularizaciones, la falta de vocaciones y el envejecimiento de las comunidades, nos debería preocupar la mediocridad en la vida espiritual, el aburguesamiento progresivo en el estilo de vida y la mentalidad consumista, junto a la tentación del activismo que corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales de los consagrados y consagradas. Cuando los proyectos personales prevalecen sobre los comunitarios, pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad.

No tengáis miedo de concebir vuestra misión fundamental como el testimonio de la centralidad de Dios, en una vida plena y feliz, que desconcierte por su libertad interior y su alegría. “Pertener al Señor: esta es la misión de los hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo se salve” (Benedicto XVI, *Aloc. A los Superiores y Superiores generales*, 22.05.2006)

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol**

21.09.2009